Miércoles, 24 de agosto 2016

Aprender de los fracasos: Una modesta introducción.

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/08/learning-from-failure-modest.html

El otro día, un lectores del otro blog hizo una pregunta tan sensata como oportuna: ¿por qué a tantas personas cuerdas se los llevan los demonios al hablar de los candidatos a la próxima elección presidencial de Estados Unidos? Es una pregunta apropiada. Incluso para los embarazosos estándares del discurso político al uso en los Estados Unidos de hoy, la mezcla de pura paralógica, repetición de fragmentos de sonido y furia encendida que se puede oír a los partidarios de los dos principales candidatos es algo fuera de lo común. Pasé algún tiempo dándole vueltas a la pregunta, y creo que sé la respuesta: la disonancia cognitiva.

Puede explicarse con un simple experimento mental. Imagina, querido lector, que vas a ir a un Starbucks en un barrio de moda en Portland, Oregon, y allí le pides a cualquier demócrata adulto (hombre o mujer, no importa el sexo, tampoco la edad, podría ser un niño) que describa a su candidato presidencial de pesadilla, la persona que menos le gustaría ver en la Casa blanca el próximo enero.

Te dirían que no quieren ver ni en pintura a un candidato que siguiese una política abiertamente dirigida a privilegiar a los bancos y a las grandes empresas, que hubiera pasado sus años en política complaciendo a los ricos, o que fuese un neoconservador que implicado en cambios de régimen en países del Tercer Mundo y partidario de la confrontación militar con los rusos. No querrían a un candidato con una trayectoria de apoyo a los acuerdos comerciales que permiten a las empresas revocar las leyes ambientales o que estuviese denunciado por acusaciones vergonzosamente detalladas de corrupción a una escala impresionante y descarada. Un candidato que insistiera en que todo marcha bien en los EE.UU. (y que ningunease a cualquier persona que no esté de acuerdo con ello, tildándole de negativo). Ah, y también ayudaría a definir el candidato más odiado si hubiera utilizado torticeramente acusaciones de racismo para arrimar el ascua a su sardina y que hubiera insistido en que la acusación de una mujer que había sido violada no se puede tomar en serio si el acusado es miembro de la familia del candidato.

Es decir, la idea del peor presidente posible que tiene el demócrata común es Hillary Clinton.

Ahora imaginemos que subes a un autobús de línea y te bajas en Bowling Green, Kentucky. Te diriges al club social de la iglesia Baptista más cercana y preguntas a cualquier republicano (señora, caballero, o niño) que describa a su candidato presidencial de pesadilla, la persona que menos les gustaría ver en la Casa blanca en enero.

Te diría, por supuesto, que ni muertos querrían a un yanqui de Nueva York (que los más piadosos consideran que el pozo negro del mal en EE.UU. junto con Los Ángeles). El peor candidato sería un especulador que ganó montañas de dinero explotando el vicio, un magnate tramposo que en varias ocasiones se ha declarado en bancarrota para cancelar deudas inconvenientes. El peor candidato sería vulgar (no tienes ni idea de la fuerza de esta palabra hasta que lo oyes pronunciada con un tono de desprecio absoluto por una anciana descendiente directa de dueños de plantaciones en el Sur) e hipócrita en materia religiosa, lanzando solamente las consignas cristianas pueden ayudarle a ganar la elección. Un candidato así, por supuesto, se habría casado dos, tres o cuatro veces, tendría un hijo engendrado fuera del matrimonio y haría algún guiño de complicidad con los gays, lesbianas, transexuales, y gente así. Por último, ese tipo de candidato sería capaz de afirmar que los Estados Unidos ya no es la nación más grande en la Tierra y tiene que hacer cambios radicales para ser grande de nuevo.

Es decir, la idea de los republicanos comunes del presidente peor posible es Donald Trump.

Supongo que probablemente ya sea demasiado tarde para arreglar las cosas e intercambiar candidatos, y así los republicanos podrían votar a uno neoconservador corrupto del establishment y los demócratas

podrían apoyar a un demagogo populista libertino. A falta de un movimiento tan sensato, no es de extrañar que tantas personas se hayan vuelto majaras, pues como votantes demócratas y republicanos tratan de convencerse de que realmente quiere votar a alguien que es, literalmente, lo que nunca querrían ver sentado en el Despacho Oval. Tal disonancia cognitiva no contribuye precisamente a discusiones sosegadas, decisiones racionales o políticas sanas.

Por lo tanto, podemos esperar cualquier ocurrencia extravagante a medida que se desarrolla la carrera para decidir cuál de las dos personas más detestadas en la vida pública estadounidense recibe el dudoso beneficio de poner una mano sobre la Biblia el próximo mes de enero y convertirse en el líder nominal de una nación amargamente dividida en la agonía de la decadencia política, económica y social. Mientras tanto, hay otras dimensiones de la política que merecen atención, y algunas de ellas salieron a relucir como comentarios a mi post del mes pasado que trataba del fracaso del activismo climático para lograr alguno de sus objetivos.

Ese post cosechó un buen número de comentarios hostiles y no pocas denuncias furiosas. Un gran número de las respuestas estaba centrado en un detalle del mensaje: la comparación que tracé entre el activismo contra el cambio climático y la campaña por el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo en los Estados Unidos, donde ambos se enfrentaron a una oposición bien financiada que inició una campaña difamatoria de desinformación. La campaña a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo, como indiqué, evidentemente triunfó, por lo que la derrota del activismo contra el cambio climático no se podía achacar sólo a esa oposición. Se deben tener en cuenta los motivos del fracaso del activismo climático —fente al éxito del activismo por el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo que ha conseguido que sea legalmente reconocido—.

Sin embargo, un número notablemente grande de mis lectores no estaban dispuestos a hacerlo. Insistían en que el objetivo de la campaña por el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo era un cambio simple y directo en leyes que afectaban a muy pocas personas, mientras que el objetivo del activismo contra el cambio climático significaba un vuelco completo en todos los aspectos de la vida contemporánea. Algunos usaron cantidades industriales de retórica para describir el cuadro de la abrumadora dificultad de poder hacer nada sobre el cambio climático; se dibujó con colores tan dantescamente vivos que ni todos los negacionistas del cambio climático del planeta, apoyados por una beca de Exxon, podrían haberlo igualado. Parece que nunca se les ocurrió preguntarse si había una manera de replantear su objetivo hacia algo similar al matrimonio entre personas del mismo sexo, es decir, algo que podrían ser capaces de lograr.

En general, el meollo de las respuestas hostiles era el rechazo absoluto a la idea de que el movimiento del cambio climático debería aprender algo de su fracaso. Ni en sus más fantásticos sueños húmedos la junta directiva de Exxon podría haber esperado una capitulación tan ventajosa. Los movimientos por el cambio social exitosos siempre utilizan las derrotas temporales como una experiencia de aprendizaje, incorporan las lecciones del fracaso, cambian de táctica, de estrategia y de enfoque de la cuestión a partir de las lecciones aprendidas, y más tarde vuelven de nuevo a la lucha con mejores oportunidades de victoria. También se fijan en otros movimientos sociales y se preguntan, “¿cómo podemos hacer lo mismo por nuestra causa?” Por el contrario, los movimientos por el cambio social que responden al fracaso invocando excusas y tratando de convencerse a sí mismos y a todos los demás que la batalla está perdida de antemano lo único que consiguen es una tumba poco profunda y un bonito epitafio.

Por si sirve de algo, creo que podemos aprender algo muy importante de la obstinaciónen que las lecciones del movimiento por los derechos al matrimonio entre personas del mismo sexo no pueden ser aplicadas al activismo del cambio climático. El movimiento de los matrimonios del mismo sexo fue notable entre las iniciativas recientes de la izquierda por dos rasgos distintivos. La primera fue que encontró la manera de sortear la sabiduría convencional que rige el activismo en los EE.UU. desde principios de 1980. La segunda es que ganó. Estas dos cosas no están relacionadas entre sí de ninguna manera. De hecho, me gustaría sugerir que ciertos hábitos, que se han dado en los movimientos por el cambio social en los últimos treinta años, han sido responsables de su fracaso casi total para lograr sus objetivos.

Vamos a echar un vistazo a los hábitos, uno por uno.

1. El garrapatismo (Piggybacking[1])

Es la insistencia en que cualquier movimiento para el cambio social tiene que hacer espacio en su agenda para todo el resto de movimientos de moda y populares por el cambio social, y es necesario desviar parte de tu tiempo, trabajo y recursos para cada uno de estos otros movimientos. Al iniciar un movimiento con cualquier propósito, puedes estar seguro de que sufrirás la invasión de otros activistas que insisten en que quieren ser tus aliados. Algunos te dirán que están dispuestos a ayudarte siempre y cuando tú los ayudes a ellos; algunos insisten en que puedes conseguir mejor tu objetivo si les ayudas a conseguir los suyos; otros insisten en que su causa es mucho más importante que la tuya (y si eres una persona decente debe renunciar a tu causa y unirse a la suya). El resultado final es una exigencia que desvía parte de tu dinero, tiempo, trabajo y otros recursos desde tu causa a la suya.

Detrás de la fachada de la solidaridad, hay una jungla del cambio social en un entorno en el que los movimientos exhiben una feroz competencia darwiniana por el acceso a los voluntarios, el dinero y el entusiasmo. El *garrapatismo* es una de las estrategias competitivas estándar, y funcionará a toda máquina en cuanto tu movimiento empiece con un plan para hacer algo concreto sobre el problema que estás tratando de resolver. En este punto, ten por seguro que tus aliados insistirán en que tu plan no es realizable a menos que también hagas algo en beneficio de su causa. En otras palabras, no puedes establecer una acción A, también hay que hacer algo sobre B, C, D, y así sucesivamente hasta Z. Mucho antes de llegar allí, tu plan ha dejado de ser viable, porque no es posible que un conjunto de acciones pueda resolver todos los problemas del mundo a la vez.

Una de las cosas que marcaron la campaña por el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo, y lo hicieron diferente de otros movimientos para el cambio social es que se negó a caer en ese tipo de parasitismo. Mantuvo siempre su enfoque en el objetivo inicial (conseguir el derecho legal a que dos personas del mismo sexo pudieran casarse) y se negó a escuchar las muchas voces que insistían en que no era realista perseguir este objetivo por sí mismo, y que debían alinearse, unirse al gran movimiento para el cambio social, y esperar su turno. Si los hubieran escuchado, todavía estarían esperando. En lugar de ello, tuvieron éxito.

2. La trampa del partidismo

El Partido Demócrata es el lugar donde las causas ambientales van a morir. En cierta medida, la política partidista de Estados Unidos de hoy es el último ejemplo del garrapatismo; los movimientos basados en ideologías de izquierda creen que deben poner su energía en conseguir que sean elegidos los candidatos demócratas en lugar de perseguir sus propios intereses, y como resultado, los candidatos demócratas consiguen ser elegidos, pero los movimientos por el cambio social se encuentran con que sus propias causas no van a ninguna parte.

Esto no es casual. Ambos partidos en Estados Unidos han perfeccionado el arte de confinar a los movimientos independientes por el cambio social en jaulas en cautividad, y de ellos esperan esencialmente que sigan trabajando para facilitar la elección de los candidatos (de uno u otro partido) sin entregar nada a cambio. El establishment del partido demócrata no tiene más interés en el éxito del activismo climático que sus homólogos republicanos lo tienen en ver el éxito del activismo antiabortista. En ambos casos, el resultado final sería el agotamiento de los movimientos (eso es lo que hacen las movilizaciones, languidecen, cuando triunfan), y el partido perdería así un número importante de participantes cautivos en esos movimientos. Es mucho más rentable para los aparatos del partido echar ocasionalmente alguna migaja a sus electores cautivos, echar la culpa al otro partido por no lograr sus objetivos, e insistir al cabo de otros cuatro años en que los integrantes de los movimientos tienen que seguir votándoles como se les dice, porque el otro partido es mucho peor.

---

[1] N. del T. El término "piggybacking" significa literalmete subirse a la espalda del cerdo. Se utiliza esa expresión en comunicaciones para designar el pirateo de internet, engancharte a la red wifi del vecino sin pagar por ello. A la hora de traducirlo me he inventado el término "garrapatismo". Estuve dudando entre esa palabra y vampirización (al fin y al cabo, las garrapatas no suelen matar al animal sobre el que se fijan, sólo le chupan recursos, mientras que el vampiro mata a su víctima), pero me dicidí por garrapatismo porque en el caso del vampirismo, el mordido puede acabar volviéndose vampiro a su vez, cosa que no ocurre con ese fenómeno de parasitación social. De todas formas, si alguien tiene una mejor traducción, por favor, háganmelo saber.

La campaña por el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo logró salir de esa trampa a pesar de los grandes esfuerzos de ambos partidos para mantenerlo en el lugar asignado. Se da la circunstancia de que un número significativo de republicanos homosexuales y lesbianas (que votan por los candidatos del GOP, donan dinero a las campañas del GOP, y que participan en las actividades del GOP) bombardearon con cartas sus legisladores republicanos exigiendo que el GOP que hiciera lo que preconiza desde siempre (que el gobierno no se debe inmiscuir en la vida privada de las personas). Eso jugó un papel importante para dinamitar la oposición del GOP al matrimonio entre personas del mismo sexo y por lo tanto contribuyó a su éxito.

3. Pureza Política

La creación de un movimiento que integró a homosexuales y lesbianas republicanos y demócratas, así como a heterosexuales que también eran partidarios de ese derecho violó otro precepto del activismo de la izquierda contemporánea, el de que los movimientos por el cambio social deben excluir todos los que no superan una serie de pruebas de pureza ideológica. Se ha señalado, y es cierto, que la derecha busca aliados para atraerlos mientras que la izquierda tiende a expulsar a los herejes; esa es una de las razones por las que durante los últimos cuarenta años, la derecha ha sido mucho más exitosa que la izquierda.

En cierta medida, la política de pureza no es más que la otra cara del garrapatismo. Si tu movimiento también tiene que apoyar a todos los demás movimientos sociales de la izquierda, las únicas personas que se verán atraídos a tu movimiento son los poquitos que también están de acuerdo con los objetivos de cada uno de los otros movimientos de la lista. Sin embargo, hay algo más en todo esto. He escrito en un post anterior sobre el modo en que las narrativas sobre los asuntos raciales en los Estados Unidos se han transformado en un juego disfuncional en el que no se pretende mejorar la vida de las personas afectadas por la injusticia racial, sino intimidar a un variado número de perseguidores reales e imaginarios. La política de pureza está basada en la misma dinámica y juega un papel importante en conseguir que innumerables movimientos sociales con posibilidades de éxito queden reducirlos a cinco o seis personas en una habitación, cada uno de ellos recelando de todos los demás, siempre en la constante búsqueda cualquier signo de pensamiento desviado.

Una de las razones del triunfo del movimiento por los derechos al matrimonio entre personas del mismo sexo fue, precisamente, que se negó a entrar en la política de pureza. Lo único que importaba en casi todo el movimiento era el reconocer a las parejas del mismo sexo el derecho a casarse, y un gran número de personas que no estaban a favor de toda la gama de movimientos de cambio social estaban de hecho perfectamente dispuestos a admitir que las parejas homosexuales y lesbianas se casaran. La capacidad para superar las diferencias ideológicas y encontrar un terreno común en una sola cuestión no es garantía de victoria, pero negarse a hacerlo casi siempre asegura la derrota.

4. Doblegarse[2] ante los privilegiados

Nadie ha construido jamás un movimiento de masas apelando a una minoría privilegiada. Esa es una de las principales razones por las que tan pocos movimientos por el cambio social en estos días muestran la más mínima señal de acabar convirtiéndose en movimientos de masas. Desde principios de la década de 1980, la mayoría de los activistas han enfocado sus esfuerzos y sus campañas como si el único público que importase fueran los liberales acomodados, y casi siempre se las apañaron para ignorar —o incluso insultar— a la gran mayoría de estadounidenses, ya sabes, las personas que hubieran tenido que estar de tu lado si quieres una victoria duradera para tu causa.

He discutido en otras entradas de este blog lo mucho que las cuestiones de clase se han convertido en un tema tabú de la política contemporánea, precisamente en las décadas en las que las clases

[2] N. del T.: "Pandering" significa actuar como proxeneta. Quizá la mejor traducción sería "Abrirse de piernas ante los privilegiados", pero me da algo de pudor escribirlo así.

trabajadoras estadounidenses, antes prósperas, han sido destruidas. En nuestras conversaciones de política se puede hablar de raza, se puede hablar de género, incluso se puede hablar de los muy ricos, pero si se habla de otra división (de la muy importante brecha entre las personas con buenos salarios que han prosperado mucho, y las personas que ganan una paga por hora trabajada y han acabado en la miseria por políticas fácilmente identificables apoyadas por los que tienen un buen salario) puedes estar seguro de que serás abucheado. (Una de las muchas ventajas de decir esto en la periferia donde se esconden los archidruidas, es que los gritos llegan aquí ligeramente amortiguados.)

Así, un gran número de quienes se consideran a sí mismos radicales han terminado trotando mansamente detrás de las clases privilegiadas, pidiendo las sobras de las mesas de los ricos en lugar de arriesgarse lo más mínimo. El verdadero cambio llegará a los Estados Unidos cuando otros aprendan, como Donald Trump ya lo ha hecho, que excluir las necesidades, intereses y puntos de vista de los estadounidenses de clase baja de la política nacional y del discurso público ha destruido su fe (que una vez fue robusta) en el status quo y ya están maduros para la movilización política. Ese cambio no tiene que ser para mejor; si los principales partidos siguen actuando como si sólo importasen los asuntos de los ricos, el próximo que sea capaz de atraer a las clases bajas es posible que muestre un extraño gusto por brazaletes y botas altas, o quizá por poner bombas en las carretera y por la guerra de guerrillas; pero el cambio llegará.

El movimiento por los derechos de matrimonio del mismo sexo tenía una gran ventaja en este caso: los cambios políticos que quería conseguir eran tan ventajosos para las parejas del mismo sexo cobrando por horas en Bowling Green y Omaha como para las parejas acomodadas del mismo sexo de Seattle o Boston. (Y si piensas que no hay parejas del mismo sexo con sueldos de miseria en Bowling Green y Omaha, por cierto, tienes que salir más.) Su movimiento consiguió una masa de seguidores, y aunque las resoluciones judiciales no hubieran reconocido el hecho en cuestión, ya había comenzado a ganar muchos votos en cada estado y habría obtenido muchísimos más.

¿Y que pasa con el movimiento contra el cambio climático antropogénico? Si has seguido el blog, estimado lector, ya te habrás dado cuenta de que fue víctima de los cuatro de los malos hábitos que acabamos de enumerar, los cuatro jinetes, si se quiere, de la insuficiencia apocalíptica del radicalismo de nuestro tiempo. Se dejó distraer de su propósito central por una constelación de intereses que lo garrapatearon; se convirtió en un electorado cautivo del Partido Demócrata; sufrió de un caso grave de la política de pureza, en el que se denuncia directamente como negacionista a cualquiera que cuestione la capacidad de los recursos renovables para sustituir a los combustibles fósiles; y se ha doblegado a las políticas de los privilegiados que persiguen el beneficio de los ricos-do a expensas de los trabajadores pobres. Esos malos hábitos avivaron los fallos específicos que enumeré en mi anterior post (la autopsia del activismo sobre el sobre el cambio climático) y lo llevaron a su derrota total.

Fueron errores que se podrían haber evitado, y es crucial que cualquier tipo de activismo sobre el cambio climático del futuro consiga evitarlos. En un próximo post, planeo esbozar cómo podría ser el futuro movimiento si quiere parar de tratar la atmósfera como una cloaca aérea y quiere empezar a mitigar el impacto ecológico de nuestra estupidez. Las sugerencias específicas que voy a ofrecer no tienen garantía de éxito, pero incluirá las lecciones que hemos aprendido del éxito de la campaña por el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo y otras que a lo largo del tiempo hemos ido aprendiendo de otros movimientos que terminaron en fracaso.